





1986

● Salvador Zubirán Anchondo

Nació en Chihuahua el 23 de diciembre de 1898. Sus padres fueron José María Zubirán y María Anchondo. Cursó sus estudios de preparatoria y profesionales en la Universidad Nacional de México. En 1923 se graduó de Médico Cirujano en la Escuela Nacional de Medicina de la citada institución con su tesis profesional sobre vagotonía.

Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Harvard en 1924 y 1925, año en que se desempeñó como Profesor de Terapéutica, Profesor de Clínica Médica, y Profesor de Clínica Propedéutica Médica en la Escuela Nacional de Medicina. Finalmente fungió como profesor en la Escuela de Graduados de la Universidad Nacional Autónoma de México, de 1946 a 1966.

Se desempeñó como Jefe de Departamento de Comestibles y Bebidas del Departamento de Salubridad Pública; por otra parte, fue miembro de la Comisión de Estudios de la Presidencia de la República.

En 1937 fungió como Jefe del Departamento Autónomo de Asistencia Infantil, así como encargado del Despacho de la Secretaría de Asistencia Pública, de 1940 a 1943.

Tres años más tarde, de 1946 a 1980, fue Director del Instituto Nacional de la Nutrición; durante ese lapso fue también Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Finalmente de 1983 y hasta su muerte, se desempeñó como Asesor del Secretario de Salubridad y Asistencia, así como Consejero Emérito del Consejo de Salubridad General.

Zubirán Anchondo perteneció a múltiples sociedades científicas. Fue Asesor Honorario de la Academia Nacional de Medicina; miembro del Comité de Expertos sobre Diabetes, de la Organización Mundial de la Salud; miembro del Comité Asesor de Investiga-

ciones Médicas, de la Organización Panamericana de la Salud, así como de la Sociedad Colombiana de Gastroenterología.

Entre las distinciones que recibió se encuentran el Premio Nacional de Ciencias; la Orden Nacional al Mérito, con el grado de Comendador, otorgada por la República del Ecuador; Orden Carlos Manuel de Céspedes, con el grado de Gran Oficial, otorgada por la República de Cuba; así como el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Yucatán.

Presidente de la Academia Nacional de Medicina del Sexto Congreso Panamericano de Endocrinología, así como Fundador y Presidente honorario de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología; asimismo, Presidente del Tercer Congreso Internacional de Endocrinología y de la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición.

Salvador Zubirán realizó diversas investigaciones médico-científicas; por otra parte, publicó múltiples trabajos en revistas especializadas sobre diabetes, alimentación, nutrición y diagnóstico oportuno del cáncer gástrico.

Fue autor de seis libros entre los que se encuentran Estudio sobre la reorganización física y funcional, de la Escuela de Medicina de la UNAM, en colaboración con B. Sepúlveda, R. Médea y J. Báez Villaseñor, así como Ideario, realizaciones y proyectos.

Zubirán Anchondo fue el iniciador del Programa de Construcción de la Ciudad Universitaria con un extensión de 7 millones, 333 mil metros cuadrados.

Por otro lado, participó en la formulación del primer cuadro básico de medicamentos. Desde la jefatura de la Campaña contra la Tuberculosis, apoyó la instalación del Hospital para Enfermedades Pulmonares de Huipulco. El estudio que el Doctor Zubirán realizó sobre la atención médica a la niñez, y presentado al Presidente Cárdenas, fue el antecedente inmediato para que naciera el Hospital Infantil. Según sus propias palabras: "Siento que el edificio y los objetos y hasta los hombres que ahí laboran sin descanso, tienen algo de mí mismo"; se refería al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, nacido en 1944, y que a partir de 1961 se transformó en el actual Instituto Nacional de la Nutrición Doctor Salvador Zubirán.

En 1986 recibió la Medalla de Honor Belisario Domínguez del Senado de la República, porque en forma particular en la personalidad médica del Doctor Zubirán, el Senado, en su calidad de Representante del pueblo de México, reconoce y agradece profundamente a los médicos mexicanos y a los estudiantes de medicina que fueron víctimas de los sismos de septiembre de 1985, su esfuerzo solidario en bien de la comunidad, que los llevó hasta el sacrificio de sus vidas.

DISCURSO DEL C. SENADOR ALEJANDRO SOBARZO LOAIZA

Señor Licenciado Miguel de la Madrid, Presidente de la República; Señor Licenciado Víctor Manzanilla Schaffer, Presidente de la Cámara de Senadores; Señor Licenciado Juan Moisés Calleja, Presidente de la Cámara de Diputados; Señor Licenciado Carlos del Río Rodríguez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Señor Doctor Salvador Zubirán; Señora Diputada Rose Marie Karpinsky, Presidente de la Asamblea Legislativa de Costa Rica; señores legisladores costarricenses que hoy nos acompañan; distinguidos familiares

del homenajeado; compañeros legisladores; señoras y señores; Hoy nuevamente el Senado de la República se reúnen en Sesión Solemne para conmemorar el sacrificio del mártir de la democracia, Doctor Belisario Domínguez.

Pero hoy también este Cuerpo Colegiado, como lo viene haciendo desde 1954, se congrega en significativa asamblea, ante la presencia destacada de las más altas autoridades gubernamentales y ante numerosos invitados, para honrar a un mexicano que se ha distinguido por su ciencia y su virtud en grado eminente.

Al entregarle este día el tejo de oro con la efigie del heroico Senador chiapaneco, circundada por una leyenda que dice “Ennoblecíó a la Patria”, esta Cámara le otorga también, a través de su máxima recompensa, el reconocimiento pleno de servidor de la Patria al Doctor Salvador Zubirán.

De diferentes épocas, desde diferentes trincheras y con diferentes armas, pero unidos por un mismo empeño, el de servir a México, dos hombres ya vinculados por la misma profesión, se vinculan más estrechamente en este acto al ser objeto de reconocimiento común.

La Comisión Dictaminadora, al someter a consideración de la Asamblea el nombre del homenajeado, lo hizo después de hacer un examen detenido de los antecedentes de varios distinguidos mexicanos, todos ellos con grandes merecimientos, lo que le permitió recobrar, una vez más, con honda satisfacción, la riqueza de valores humanos que México posee.

Por ello, lógicamente, fue una decisión que requirió prolongando análisis, lo que enaltece aún más las figuras de quienes también participaron como candidatos en el proceso. Por eso, a todos ellos, nuestra felicitación más sincera.

Desde que obtuvo su título de Médico Cirujano en la Universidad Nacional de México el 3 de abril de 1923, la vida del Doctor Zubirán ha sido pródiga en esfuerzos, en aspiraciones, en realizaciones y también en satisfacciones.

Mucho se podría decir de su vida docente, ya que durante más de cuarenta años, gracias a una especial vocación para la enseñanza que lo llevó a internarse con la misma intensidad tanto en la asignatura impartida como en el alumno, contribuyó a la formación de miles de médicos, muchos de los cuales han escalado niveles de alto prestigio al paso del tiempo. No fueron pocos los jóvenes que encontraron la vocación de su especialidad sólo gracias a la paciencia, a la orientación sistemática y a la visión del maestro.

Sin embargo, siempre lo guió la firme convicción de que el recinto universitario no sólo debían impartirse conocimientos sobre una disciplina determinada que diera por resultado investigadores, técnicos y profesionales capaces, sino que estaba convencido de que la más eminente misión de la Universidad era formar hombres, pero hombres a quienes la cultura le diera la razón y el sentido de su tránsito por la vida, a quienes enseñara a construirse en elementos útiles capaces de sentir los dolores de la humanidad y, en forma más destacada, las angustias de su propio pueblo.

Pensaba, por tanto, que la institución, si bien debía abrir al estudiante el panorama de la universidad, de manera especial debía abrirle el panorama de la Patria.

Como Rector de la Universidad de 1946 a 1948, hizo los mayores esfuerzos por elevar el nivel académico de la institución y se dieron los pasos iniciales que después fructificarían en la construcción de la Ciudad Universitaria. Y ésta, felizmente, acabaría con un cuadro harto común en las viejas instalaciones, consistente como alguna vez lo describió el homenajeador, en aulas pequeñas en las que el afán incontenible de aprender, hizo a los alumnos, en algunas ocasiones, introducir la cabeza y escuchar, y en enormes grupos de estudiantes en torno a un profesor que a duras penas se hacía oír por los de las filas cercanas.

Su larga y fructífera labor universitaria, más bien la obra de valía excepcional ahí realizada, llevó a nuestra Máxima Casa de Estudios a honrarlo con la designación de Profesor Emérito en el año de 1967 y, después, en 1979, con la señalada distinción de Doctor Honoris Causa.

Larga y brillante también ha sido la trayectoria del Doctor Zubirán como funcionario público. Si bien es cierto que una sólida preparación académica y el hábito del estudio le abrieron paso en la área de la salud, poco habría logrado si a su formación no se hubiese unido una marcada vocación de servicio, si a sus tareas no se hubiese enlazado un empeño inquebrantable de servir al país y una preocupación constante de buscar el beneficio de las de él, uno de los alumnos más destacados al referirse a esas tareas, además de su entrega total, de su entusiasmo e ímpetu para realizarlas, estaban teñidas, sin duda, por su sentido patriótico y nacionalista.

Al iniciarse la década de los treinta, durante cerca de cuatro años fue Jefe del Departamento de Comestibles y Bebidas del Departamento de Salubridad Pública. Ya en la época del General Cárdenas fue invitado por éste para formar parte de la que fue la primera Comisión de Estudios de la Presidencia de la República, donde llevó a cabo, junto con un grupo de valiosos colaboradores, importantes estudios que serían base de trascendentes programas en materia de salubridad. Fue encargado del Despacho de la entonces Secretaría de Asistencia Pública y también Subsecretario de la misma dependencia en el régimen de Don Manuel Ávila Camacho.

Su interés por los problemas nutricionales y su convencimiento “de que sin mejorar la nutrición de nuestras masas trabajadoras, empezando desde la infancia, no habrá desarrollo social efectivo”, lo llevó a crear el Instituto Nacional de la Nutrición, inaugurado precisamente en el mes de octubre hace cuarenta años, y que desde 1981, con beneplácito general, lleva el nombre del Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán. Este resulta para su creador fruto tan preciado y ha dejado ahí huella tan profunda, que alguna vez pudo decir, con legítimo orgullo, al entregar la dirección del Instituto al sucesor, las siguientes palabras: “mi espíritu estará siempre presente en esta casa, no podré abandonar-la jamás, ya que siento, perdonadme la inmodestia, que los edificios, los objetos y un poco los hombres que aquí laboran sin descanso, tienen algo de mí mismo y que al retirarme he dejado sembrado en vuestros corazones una semilla de afecto.”

El Doctor Zubirán ha publicado ochenta trabajos científicos en revistas nacionales, y diez revistas extranjeras y han pronunciado más de cien conferencias y discursos en foros académicos, políticos y sociales.

El condecorado es Doctor Honoris Causa, o su equivalente, de ocho universidades mexicanas y es miembro de cinco sociedades médicas extranjeras.

Sus merecimientos le han hecho acreedor de numerosas distinciones en México y en otros países. Cabe recordar, entre las primeras, el Premio Nacional de Ciencias que le fue otorgado por nuestro gobierno en el año de 1968.

La distinción entregada hoy a este destacado maestro, debe también entenderse como un acto de admiración y homenaje que el Senado de la República quiere rendir a todos los médicos del país que han entregado su vida y su esfuerzo por preservar la salud de los mexicanos. En forma particular -y así quedó consignado en el dictamen- en la personalidad médica del Doctor Zubirán, "el Senado, en su calidad de Representante del pueblo de México, reconoce y agradece profundamente a los médicos y a los estudiantes de medicina que fueron víctimas de los sismos de 1985, su esfuerzo solidario en bien de la comunidad, que los llevó hasta el sacrificio heroico de sus vidas."

En México, las mejores obras del espíritu, ya sean del pensamiento, del arte o de la política, se relacionan siempre con aspiraciones sociales. No es para nosotros la torre de marfil, porque no concebimos el verdadero trabajo intelectual sin que tienda al beneficio de nuestros semejantes.

Los hombres que como el Doctor Zubirán han entregado su vida al cultivo de la ciencia y al cuidado de la salud de sus semejantes, revisten una suprema importancia dentro de este cuadro humanista de la cultura mexicana. Son hombres en la biografía del laureado reúnen y expresan de manera eminente las virtudes de la unión de trabajo, la solidaridad y el espíritu de servicio, y al reunirlos y expresarlas contribuyen a que penetren más hondamente en todos sus conciudadanos.

Ha sido una vida dedicada al servicio de México; una vida dedicada a engrandecer a un país que, como cualquier otro país, sólo puede lograr óptimos frutos del esfuerzo colectivo cuando cada quien contribuye responsablemente con la tarea encomendada y sus habitantes están solidariamente unidos en lo esencial. Por eso dijo el Presidente De la Madrid, el primero de septiembre, que la batalla por nuestra Patria requiere del esfuerzo cotidiano y vigoroso de todos los mexicanos. Por eso alentó a su pueblo a seguir con patriotismo y serenidad, y con el concurso de todas las fuerzas sociales sin distinción de credo o ideología.

Sólo la unificación en torno a metas básicas no puede brindar la fortaleza necesaria para superar obstáculos por insalvables que parezcan.

El signo de la unidad no cancela, ciertamente, las diferencias de opinión. Por el contrario, se trata de una unidad que debe coexistir con el pluralismo, una unidad que jamás puede caer en la intolerancia porque está abierta a todas las corrientes de pensamiento. El pluralismo fundado en el Derecho y la razón enriquece y orienta. Debemos defender un pluralismo que permita consolidar el avance logrado; un pluralismo que nos permita

hacer frente a cualquier amenaza; un pluralismo que entrañe convivencia en la paz y que permita la consecución de los más altos objetivos de justicia social largamente anhelados.

Estas ideas cada vez se arraigan con mayor fortaleza en el espíritu del pueblo de México.

Por eso, ante una crisis que requiere de cada quien intensificar su contribución a las grandes metas del país, la convocatoria del Presidente se ha recibido con entereza y solidaridad, lo que habrá de permitir el fortalecimiento de la voluntad para continuar, renovadamente, en la construcción de nuestro proyecto nacional.

El nombre del Doctor Zubirán se agrega ahora en el Muro de Honor del Senado al de otros treinta y tres ilustres mexicanos, algunos de los cuales nos honran hoy con su presencia, y todos ellos quienes, desde los diferentes ámbitos de su actividad, han sido leales defensores de los más altos intereses de la Nación.

No puede haber mejor ocasión que esta, que reconocemos los méritos de un hombre que ha cumplido con México, para recordar que nosotros también tenemos que librar, denodadamente, una batalla diaria en la defensa de los intereses de la Patria.

DISCURSO DEL C. DR. SALVADOR ZUBIRÁN ANCHONDO

Con su venia, Señor Presidente del Senado de la República; Señor Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Señor Presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados; señores Senadores; señoras y señores:

Caudalosa emoción siento al recibir la más alta presea que el Senado de la República concede a un ciudadano mexicano y que es entregada por el Primer Magistrado de la Nación.

Honor que acepto con humildad, convencido de que mis merecimientos están muy alejados de la magnitud y significación de esta deferencia, lo que me obliga a mi más profunda gratitud.

Al mismo tiempo, la recibo con orgullo, porque la considero como un reconocimiento al esfuerzo, a la lucha en una labor sostenida sin tregua ni reposo por largos años, labor en la que se destacan tres aspectos fundamentales.

Mi dedicación apasionada a la medicina, ciencia que tiene un profundo sentido humano en la acción, ya que busca obtener el bienestar y la salud de los que sufren y que, en mi particular actividad, ha comprendido a esa gran porción de nuestro pueblo que satisface, muy limitadamente, el más imperioso de los derechos del hombre: el de alimentarse. A ellos han estado dedicados gran parte mi pensamiento y de mi actividad, en la búsqueda de los medios para fortalecerlos como seres biológicos y comprender sus angustias, y las barreras para mejorar su condición humana.

Comprender cabalmente la problemática de la desnutrición, me condujo a procurar la unidad de las ideas y los procedimientos, y darles fundamento científico para finalmente llegar a una política nacional de nutrición.

Es para mí muy satisfactorio observar que un problema de tan gran magnitud haya sido abordado a nivel nacional, y de que constituya una grave preocupación para los gobiernos, lo que ha llevado a unificar acciones y establecer organismos responsables de su solución.

Es deseable que estas actividades culminen con el establecimiento de una reforma legal que consagre el derecho inalienable del pueblo de alimentarse, y que fortalezca la soberanía alimentaria de nuestro país.

La medicina, que comprende la aplicación de la ciencia y el manejo de avanzada tecnología, debe llevar implícito siempre en su ejercicio el amor, como lo proclama Paracelso y está contenido en los dictados de Hipócrates, a quien se venera como el padre de esa ciencia.

En el transcurso de mi vida, he sido Médico en lo más hondo de mi ser, le he dedicado a la medicina los ímpetus de la juventud, los logros de la madurez y ahora, los pensamientos de la vejez. Ciencia llena de incógnitas, es fuente de constante inquietud y de afán de saber.

Al traspasar los umbrales de la vieja casona de Santo Domingo, con el título bajo el brazo dejando atrás los años de la vida jovial y bulliciosa, a veces atormentada, del estudiante serio y soñador, inicié el ejercicio de la medicina.

Tengo la satisfacción y, por qué no decirlo, el orgullo de haber actuado bajo el modelo, el arquetipo del Médico de principios de siglo, cuando el ejercicio de la profesión tenía como fundamental característica el ser profundamente humanista y su objetivo el de cuidar al hombre íntegramente considerado, no fraccionado ni dividido. Hombre con un alma y con un cuerpo, hombre que sufre al mismo tiempo los dolores físicos de su organismo enfermo y las múltiples congojas, y complicadas situaciones emocionales, hombre que vivía en ese ambiente social, con frecuentes conflictos y desajustes que oprimían y a veces angustiaban; en una palabra, un hombre de este mundo y de esa época, donde el Médico tenía para utilizar en su atención, exiguos medios para el diagnóstico de sus males, y medicamentos de dudosa eficacia. Por otra parte, he sido actuante de la revolución biológica de las últimas décadas en la que se han incorporado a la medicina, en su sustancia, las disciplinas más diversas: la biología, la química, las matemáticas, la física con sus maravillosos recursos, la antropología y la sociología y las ciencias de la conducta, que incluyen en el quehacer Médico diario, las aportaciones prodigiosas de la más compleja y eficiente tecnología.

La medicina de hoy está estructurada, impulsada y dirigida por múltiples factores determinantes, económicos y sociales, culturales y filosóficos, y que se ve envuelta en un vertiginoso remolino, no sólo por las conquistas básicas que, como mencioné, se incorporan a su esencia, sino también a las radicales modificaciones que impone la revolución industrial y social de hoy, que ocasiona significativos cambios en los hábitos, en el sistema ideológico y en los aspectos financieros y económicos de la organización social.

Se encuentra por lo tanto, en la encrucijada donde se mezclan la ciencia pura, el humanismo, la economía y la sociología. Es sin embargo, necesario señalar que no se

concibe una ciencia que busca el bienestar del hombre, que no esté impregnada de un humanismo consciente y dinámico, evitando que se mengüe, o aun se pierda, el sentido humano de la acción y se ocasione la deshumanización no sólo del médico, sino de la ciencia misma.

Está en peligro de que deje de existir la noble y necesaria alianza de la ciencia y del amor.

En el repaso de las reminiscencias de vida, aparece como iluminada realidad lo que coronó esperanzas y colmó ambiciones: el Instituto Nacional de la Nutrición, con cuarenta años de vigencia histórica y donde un grupo de médicos jóvenes, impetuosos e inteligentes, han luchado para que en su vida, esta institución alcance los más altos niveles científicos y técnicos al servicio del pueblo de México, y sea una escuela para la formación de médicos impregnados de ciencia y dotados de un sentido humanista en su ejercicio.

Lo que se concibió como un ideal utópico ha fructificado abundantemente, ya que los egresados de la institución han hecho sólido impacto en las esferas académicas, médicas, sociales y políticas y su acción encuentra resonancia nacional e internacional en los más elevados estratos de la investigación, de la docencia y de la atención médica.

El Instituto se ha desarrollado paralelamente al acelerado avance de la ciencia médica, y el grupo que lo integra ha respondido con hechos, con entusiasmo, con nacionalismo, al respaldo que el gobierno Federal le ha otorgado a lo largo de su trayectoria.

Tengo el convencimiento de que este organismo, ahora en plena madurez, estará siempre entre los que señalen nuevos caminos, aquellos de la responsabilidad, de la mística en la acción, del orgullo de ser mexicanos, por lo que considero que esta distinción en mi persona se hace ahora, en realidad es a todos los que han contribuido a su progreso, y a ellos pertenece igualmente.

Ha sido también para mí motivo de la más alta satisfacción contemplar, y aun ser partícipe, de los esfuerzos que el gobierno realiza en beneficio de la salud del pueblo, al organizar y modernizar sus recursos para que la atención llegue al mayor número posible de mexicanos y algún día alcance a su totalidad.

Es muy grato expresar que el derecho a la protección de la salud constituye actualmente, una nueva garantía social y que, bajo las normas de un Sistema Nacional, se realizan los máximos esfuerzos y las acciones fundamentales para la protección a la salud que con la libertad, son los más grandes derechos del hombre.

Tengo la íntima satisfacción de haber luchado para darle a la Universidad un albergue decoroso, sustituyendo las viejas casonas, y haber recibido de manos del Señor Presidente Ávila Camacho los terrenos del Pedregal. Asimismo, que se diseñaran las estructuras de los edificios que ahora ostentan bellos perfiles y magníficas instalaciones. También me complace haber contribuido a darle una vida organizada más digna y más productiva.

Mi tránsito por el claustro universitario me dio la sensación de haber actuado como el escultor quien, en la arcilla, modela una imagen y que, en mi pensamiento y en mi acción, estuviese el forjar el espíritu del estudiante, su afán de saber e impregnar en él lo que debe ser su destino para que, invariablemente, participe activa y eficientemente en la vida so-

cial, siendo útil a su Patria, a su familia y a él mismo. Es reconfortante sentir que algo pude hacer por tan noble institución donde la juventud seleccionada que se congrega, tiene en sí una buena parte del alma de la Nación.

Finalmente el tercer aspecto de mi vida es el afán sostenido de mis esfuerzos, mis pensamientos y mi acción, estuvieran destinados siempre a la grandeza de mi Patria; Patria para la que guardo devoción, amor profundo y total entrega.

Patria que, en la belleza de sus bosques, de sus montañas, en la dulce tranquilidad de sus lagos y bajo el azul de su ciclo, ha formado hombres valiosos en las esferas de la cultura como Justo Sierra, Gabino Barreda, Alfonso Reyes, o bien, hombres de prodigiosa estatura vueltos héroes al servicio de ella, como Hidalgo, Morelos y Juárez.

Patria nuestra que ha sido capaz de realizar una Revolución libertadora de opresiones o de esclavizantes yugos, que ha buscado el bienestar de su pueblo, la igualdad de sus ciudadanos y el beneficio de los más necesitados, conducida por hombres de la talla de Venustiano Carranza, de Álvaro Obregón, de Plutarco Elías Calles, o de quien, como Lázaro Cárdenas, supo defender la riqueza de nuestro suelo.

Así como ellos, una figura relevante de nuestra República, es la de Belisario Domínguez, patriota valeroso que supo oponerse con decisión y arrojo inaudito, como un verdadero tiranicida, contra quienes atropellaban al pueblo y destruían a la Patria, Médico nacido en la provincia chiapaneca, que ejerció su profesión con sabiduría y que en su convicción libertaria, supo sacrificar la vida, para salvar a su pueblo. Esta Patria se mantiene erguida a pesar de las angustiosas situaciones que en el mundo se suceden y sufrimos.

Erguida siempre y con la frente en alto, manteniendo incólume, absolutamente incólume, su soberanía.

El bondadoso relato que el Señor Senador Sobarzo ha hecho de mi vida, que tanto agradezco, me hacen contemplar que el largo recorrido de mis años vividos no ha sido infructuoso y que me ha sido posible dejar una huella, así sea exigua.

Señores miembros del Senado de la República, estas últimas palabras son para expresar mi profunda gratitud por su generosa decisión de entregarme la Medalla Belisario Domínguez, la que recibo orgullosamente y con la más alta estima, de manos del Señor Presidente de la República.